

EL APOLONIDA

EL APOLONIDA

Retratos.

Jamás vi á Rubén Darío personalmente. Aún no había yo venido á este dolor de vivir, y ya él había escrito algunos de sus mejores poemas. Cuando dejé de publicar en Sevilla la revista literaria *Andalucía*—en torno á la cual se agrupó, para dar fe de vida, la juventud del actual renacimiento hispalense—, en la primavera de 1912 decidí, con mi familia, trasladarnos á este Madrid de nuestros pecados. Sabía yo, por la prensa y por cartas de amigos, que Rubén se hallaba en la Corte. Fué entonces cuando se le rindió un cordial homenaje de admira-

ción y cariño en el Ateneo. Y fué entonces también, cuando yo deseé más vehementemente conocer *tête à tête* al Rey Mago dueño de las góndolas, las liras y los cisnes. Pero, por múltiples accidentes é incidentes, no pude arribar á Madrid á tiempo para ver de cerca al Hombre. Cuando abandoné las encantadas márgenes del Betis, Rubén ya había partido... para no volver. Y aguardé, resignado, á buscarle en París algún día...

Hoy no me pesa ignorar su figura. Tengo sus versos. Aun cuando es verdad que todo ser amado nos atrae fatalmente, haciéndonos desear conocerle, hablar con él, tratarle—todo por ver si conseguimos desentrañar de su persona la esencia de lo que en él amamos—, no es menos cierto que á veces—casi siempre—la decepción es dolorosa. "Primer viaje, primera mentira", ha dicho Alfonso Daudet. ¡Cuán exacto! Toledo, Granada, no son, una vez recorridas, las soñadas ciudades. París, Venecia, la India... no

serán, de seguro, después de descubiertas por nuestros ojos, la luminosa Villa del Amor y el Genio, ni la bella durmiente Señoría de los lagos lunados, ni la maravillosa y deslumbrante Selva sagrada de los rajahs constelados de brillantes que, sobre los fuertes elefantes hindús, sueñan con ideales bayaderas...

Varios retratos he logrado reunir del poeta. He visto muchos. De todos ellos, el que más clara emoción de su persona me ha dado, fué uno—borroso ya por la labor del minuto y el prodigio del año— en que aparece escoltado por un centenar de amigos suyos leoneses. Una flora exuberante—bajo el nicaragüense sol—surcada por un senderito, en cuyo primer término, vestido de claro, con una flor en la solapa, está Rubén. Mujeres y hombres, niños y adultos le acompañan. Parecen estar de jira. Y por la actitud resignada é indiferente de protagonista del poeta, la excursión debe haberse organizado en honor suyo. Muestra en su

gesto, en su ademán, en toda su figura un amor á los seres y á la tierra, un cansancio, una lejanía del pensamiento que viaja á Citeres, que en verdad conmueve contemplarle.

De los retratos que poseo, el más antiguo y, por consiguiente, en donde está más joven, es el de Ross, publicado al frente de *Los Raros*. De veintiséis á treinta años. La cabellera fuerte, peinada hacia atrás. La frente despejada y serena. La nariz sensual y ávida. Un mostacho correctamente cuidado. Labios de besador, de *gourmet*, de *gourmand*... Una barba tardía, de adolescente que se resistió largo tiempo á ser hombre. Aunque vestido á la europea, severo y hasta elegante, con su gran nudo en la corbata cándida, y su florecilla sobre la americana, en este retrato todavía conserva Rubén su primitivo empaque de indio bravo, de nagrandano amante del celeste sol sonoro—la inmensidad á través de los sentidos—; las pupilas ornitomorfas

que la visión de otros países y el contacto con otras razas han ido humanizando, miran con firmeza de sacerdote convencido de su misión, hacia un porvenir que sólo él conoce. Su rostro trasciende bondad, y dulzura, y fe. Pero todo como en un rito. Es aquí el autor de *Azul...*, cantor de los tigres, de las garzas blancas y las garzas morenas, del oro y de los rubíes. Y es, en potencia, el *vas spirituale* para los futuros *Cantos de vida y esperanza*.

Dos retratos de Kaulak—el que aparece en *La vida de Rubén Darío*, y otro de la misma época—nos le muestran en bizarro porte de ministro de Nicaragua en España. La corrección impecable con que viste el uniforme, dice bien del diplomático. El cabello, más corto que en *Los Raros* y desenfadadamente despeinado, dejando ver el amplio escudo frontal y la mirada audaz, cosmopolita, muy antigua y muy moderna y, sobre todo, soñadora, hablan del hijo dilecto de Apolo.

La mano que pobló de ensueños la
página blanca,

en vez de cetro real, sostiene apenas
con desmayo galán, un guante de ante...

Hay una fotografía en que aparece con
un bigote hirsuto, recortado á la inglesa.
Con su aspecto de foca y su indumenta-
ria de banquero, nos da aquí la más
exacta sensación del poeta civil que im-
precó á Roosevelt, que saludó al rey
Oscar, que predijo, optimista, la hora
gloriosa á las ínclitas razas ubérrimas,
hijas de Hispania. Whisky, sleeping-car,
New-York... Muy moderno.

Retratos he visto en que se acentúa
notablemente el noble y geórgico ceño
de buey crepuscular que debió tener el
poeta. El más reciente es uno hecho en
París, y que conservo.

Sentado con un amigo á la mesa es-
pléndida, se dispone á comer, cuando le
sorprende el objetivo; está completa-
mente rasurado; pensativo; rendido al

peso de sus cuarenta y ocho años; su ros-
tro tiene huellas de dolor y de duda; su
mirada, lejanías de cantor errante. Al
fondo, tras él, una puerta entreabierta.,
Por ella, acaso, penetra, en silencio, un
frío sutil, imperceptible para los demás,
que roza su médula ya quebrantada:
Heraldo invisible de *Ella*, la que no lle-
gaba aún, cuando Rubén escribió la poe-
sía "Heraldos". La que ya llegó cuando
yo escribo estas líneas...

¿El retrato ideal? Nunca me imagino
á Rubén Darío tan fuerte y hermoso,
como recordando aquel verso suyo al
montar en Pegaso, el caballo rudo y
temblososo:

El cielo estaba azul, y yo estaba desnudo.

O cuando desentraña el avatar remoto,
y dice:

Yo soñé que era un hondero
mallorquín...

La iniciación del culto.

Quiero dejar aquí tu nombre de poeta bucólico, José María Romero, en testimonio de amistad y como una flor de gratitud. Tú me enseñaste á amar al Poeta, cuando mi alma titubeaba indecisa frente á los innumerables senderos. Fué en Sevilla, en Abril y en nuestros diez y ocho años: ¡tres veces primavera! Mañanas del Bachillerato. El profesor de Historia Natural, hosco y faunescó, intentaba en vano hacernos amable la mezquina costumbre de clasificar, de clasificarlo todo, desde el *androphitecus erectus* hasta el miriápodo, desde el astro informe hasta la piedra de aluvión. Pero, la Primavera, sabia en todas sus manifestaciones, reía del catedrático y de su texto, ya entrando á raudales de enervantes brisas por las ventanas del aula, ya cantando en los oídos de nuestros condiscípulos la voz de la primera novia. Tú y yo charlábamos de arte, charlába-

mos de arte, pero con aquella ingenua unción prístina que luego la reflexión crítica nos ha hecho ir perdiendo. Amaba yo entonces los clásicos castellanos sobre todas las letras humanas... acaso porque los campos de Montiel de mi primera salida estaban limitados por los setenta volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira. Tú, en cambio, ya te empinabas, apoyado en tu hermano Miguel, inquieto y ávido, por sobre las tapias de nuestro frayluisleonino huerto, y aspirabas los perfumes extraños de las modernas literaturas.

Con tremores de sincera emoción en la voz, aquella mañana germinal me recitaste el doliente y evocador y penetrante *Soneto á Margarita*. El temor á las chanzas de los que no saben llorar con el arte, me hacía contener latentes unas lágrimas de agradecimiento al poeta que supo darme á gozar, plasmados en unos versos, la gracia no aprendida de una copa de champán espumeante que se de-

rrama en unos labios, el dolor inefable de evocar algo que como el glorioso vino galo, se desbordó de nuestro vaso espiritual para no volver.

Fué en vano el evitarlo. Dos lágrimas rodaron silenciosamente de mis ojos, y el milagro inicial de mi admiración por Rubén Darío, fué.

Luego—más sed de lo infinito, pero menos ingenuidad—, en el claro y alegre patio marmóreo de la Universidad hispalense, las piedras preciosas de la *Sonatina* fueron pasando de tu cerebro al mío, como un fastuoso y deslumbrante collar que pasa de un cofrecillo á otro—un collar de perlas de Ormuz, engarzadas por el sutil hilo de nuestra fraternidad espiritual.

José María Romero, en recuerdo de aquellos días en que fuiste pajecillo de un Rey Mago del Verso á quien me enseñaste á amar, he escrito estas líneas. Y porque lleven un perenne aroma de evocación, quiero coronarlas con el so-

neto que tú y yo guardamos en la memoria desde los bellos y azules años. No importa su universalidad:

MARGARITA

In memoriam...

¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está, cuando cenamos juntos, en la primera cita, en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita, sorbían el champaña del fino baccarat; tus dedos deshojaban la blanca margarita: «Sí... no... sí... no...» ¡Y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh, flor de histeria!, llorabas y reías, tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo; tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días, la Muerte, la celosa, por ver si me querías, ¡como á una margarita de amor te deshojó!

Las mujeres de Rubén.

Plural ha sido la celeste historia de mi corazón—ha ritmado el Hombre—, refi-

riéndose á las mujeres que aromaron su senda.

Como todo gran poeta, ha sentido vibrar á cada momento "el arpa sensitiva de su ser" ante ese pan divino—la celeste carne—que aroma el *odor di femina*. Pero entre todas esas musas, efímeras rosas del camino, que no fueron sino pretextos de sus rimas, algunas hubo que cuidaron con solicitud hogareña la tienda que el peregrino alzó varias veces en su exodo triste y funambulesco. Fué Rafaela, la angélica esposa de la primavera de su vida. Ante ésta quemó la mirra de sus primeros y más sinceros entusiasmos. Pero ella fué desgraciada y murió joven. Por si no fuese bastante dolor ser, no la amada ideal, sino *la mujer propia* de un poeta, un día se sintió madre, es decir, cómplice de muchos dolores futuros y murió de parto. Acaso —y bien merecido lo tuvo, aquella dulce niña, desde este mundo de duelo y aflicción, ascendió al Paraíso entre un són

de campanas y un perfume de nardos.

Otras fueron para él, como él mismo dijo, fantasmas de su corazón. Seguramente, á una de éstas alude en su Autobiografía cuando escribe: "A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte". ¿Qué misterioso dolor palpita tras estas palabras? No sé... Pero en éste, como en algunos otros momentos de su obra literaria, desbrozando cuanto necesariamente hay de insincero y cerebral, se oye claro y distinto el caer de las gotas de su melancolía... En otro lugar alude, con una noble sobriedad de corazón dolorido, al caso más novelesco y fatal de su vida. Es una página—dice—de engaño y de violencia que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años.

Reciente el tránsito de Rafaela en San Salvador, Rubén Darío trasladóse desde León—su ciudad natal—á Managua. Y

allí tornó á unir su abulia, acaso innata, á la voluntad pasional y vibrante de otra mujer: Rosario, amor á flor de piel, de sus años más mozos, á la que se entregó displicente, de un modo transitorio, como á un oasis, en tanto no le llegaba la hora de partir para Panamá. Pero, una noche...

Fluctuaba Rubén Darío, tendido en su lecho, entre el sueño y la realidad, bajo la influencia báquica de los amables venenos cotidianos. Versos sabáticos, recitados perezosamente; incoherencias, frases vagas. Todo un paraíso artificial. De súbito, irrumpió en la estancia, en hábito blanco, flotante sobre las espaldas la cabellera oscura hecha de noche y de dolor, entre extrañas luces, Rosario, la trágica Rosario, que entre pasos de danzas exóticas y teatrales *poses* se le acercaba radiante y sibilina. Fué una fascinación. El poeta, ebrio y sentimental, cayó en sus brazos. En aquella hora de inconsciencia lírica, no le hubiera im-

portado bajar con ella á la profunda sima dantesca, cuanto más aceptar la imposición de una ceremonia nupcial tan arbitraria como inesperada. ¡Pobre Rubén! como tantas otras veces había exclamado él de Verlaine, *¡pauvre Lelian!* Aquellos ministros del Señor y de Astrea, le hicieron creer que su hora última había sonado, y en su delirio de alcohol, el moribundo contrajo matrimonio. A la mañana siguiente costó poco trabajo convencer al poeta de que cuanto vagamente recordaba había sido una pesadilla de la noche anterior, agitada y delirante.

Un mes más tarde, á la hora de los adioses. Rubén, estupefacto, supo entonces que estaba unido "con los insolubles lazos"—no existía aún el divorcio en Nicaragua—á aquella mujer peligrosa y envolvente, como una mariposa en la red de una araña. La superchería rebeló todo su ser. Y su primer ímpetu fué el de protestar oficialmente é invalidar el casamiento engañoso. Luego vino

la reflexión, la certeza de que cuando refriese la coacción ejercida sobre él, parecería á todos tan inverosímil, tan fantástica la aventura—de la que, por otra parte, no tenía prueba alguna—que seguramente no harían sino reirse de su indignación. “¡Este poeta!...” exclamarían los más crédulos coterráneos atribuyendo á un producto de su fantasía la nueva leyenda de su boda trágica, y nadie le haría caso. Era, pues, mejor callar y alejarse...

La tercera mujer—el remanso del crepúsculo—la conoció el poeta en Europa. Si no el verdadero, el intenso, el impetuoso y avasallante amor, éste—que ha durado cerca de cuatro lustros y que sólo la muerte ha cercenado—ha sido el afecto más sano, el más estable, el más sincero y profundo de cuantos las mujeres (¡en tantos climas, en tantas tierras!) le ofrecieron. En la penumbra de la vida familiar, sin gozar sino el resol de la gloria, pero sí sobrellevando el

dolor de los cuidados pequeños, le ha ayudado á soportar todo el peso de lo que él—según su verso amargo—apenas soportaba. En París, en Madrid, en Asturias, en Barcelona, la madre de Phocás el Campesino—que ya duerme bajo los ángeles—y de *petit* Rubén, *Güicho*, ha sido durante largos años el báculo florido y resistente para “las horas de pesadumbre y de tristeza”, pasadas en soledad, sufriendo “el pesar de no ser lo que hubiera querido”, “la pérdida del reino que estaba para él”.

A esta mujer—que es de Avila y que por su severo y sencillo porte de castellana recuerda, en el presente, uno de esos austeros y admirables lienzos de Antonio Moro; que no hará mucho tendría el noble empaque de una infanta pintada por Pantoja de la Cruz y que en sus más fragantes primaveras evocaría una dama espiritual y concentrada, á través del pincel de Coello—á esta mujer que fué crisol donde el poeta-hom-

bre pudo "renovar el fulgor de su psi-
que abolida", Rubén Darío hizo en Pa-
rís el 21 de Febrero de 1914, estos
versos, que si no son muy perfectos y
depurados de forma, trascienden un
grato aroma de viejo arcón familiar,
como una antañona epístola de descolo-
ridos trazos, en amarillento papel, que
uno de nuestros abuelos hubiese escrito
en ese segundo romanticismo de la ve-
jez, á la más bella de nuestras empiriña-
cadas y pomposas abuelas. Vedlos:

A FRANCISCA

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...

En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender:
Enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame!...

R. D.

¡Qué diferencia, no ya en la expresión,
sino en el fondo mismo, entre estos ver-
sos inéditos hasta hoy, llenos de una re-
signada conformidad con el fracaso de
la vida—llegar á los cuarenta y ocho
años siempre es un fracaso—y aquellos
otros tremelucientes, alados, musicali-
nos, tallados, miniados, esculpidos en la
poesía *Divagación*, síntesis de la gran
sed amorosa del poeta, peregrino ilusio-
nado de todas las quimeras! El hombre-
cumbre esperaba á la mujer "fatal, cos-
mopolita, universal, inmensa, única, sola
y todas; misteriosa y erudita, mar y nube,
espuma y ola." Pero... "en vano buscó á
la princesa que estaba triste de esperar".
Sólo *Ella*, "la que no olvida", se ha des-
posado con él definitivamente, allá en
León de Nicaragua, en la misma casa y
quizás en la misma estancia nupcial don-

de el 18 de Enero de 1867, por un azar de los átomos—"¡el pensar que un instante pudo no haber nacido!"—por un azar feliz para la armonía universal, le desposaron con la vida.

Corona óptima.

Cuando Rubén representó á su país natal con plenitud de poderes en la corte española, no era ni con mucho, muy holgada su situación económica. Como él mismo confiesa en sus Memorias con cierta amargura, el uniforme con que presentó sus credenciales á D. Alfonso, le fué prestado por el representante en Madrid de la república de Colombia. Así fué tirando. Pero tan imposible se le hacía la vida en nuestra capital, complicada con lo de la diplomacia—llegó momento en que para representar decorosamente á Nicaragua tuvo que recurrir á su sueldo como colaborador de *La Nación*—, que decidió renunciar á todo y

facturar su equipaje hacia la bien amada *Ville Lumière*, "para no tener que hacer las de cierto ministro turco, á quien los acreedores sitiaban en su casa de la villa y corte". Y se olvidó, en el tráfigo de su vida de rey errante, de pagar la factura del galonado bicornio al sombrerero de Madrid. Este, con cierta mala intención de poeta envidioso que aprovecha toda ocasión para ridiculizar al "querido — pero ilustre — compañero", ni corto ni perezoso, envió la factura al gobierno de Nicaragua. De Managua á León, de Norte á Sur y de Este á Oeste, la noticia de que "Rubén debía el sombrero de ministro" corrió con la acostumbrada rapidez con que estas nuevas se propagan. El Gobierno que confirió al poeta su más alta representación en España, se dispuso, algo mohino, á pagar la deuda de Rubén; pero la ciudad nativa del bardo diplomático, impuso el deseo concreto de sus voluntades unánimes: costear por subscripción popular el